

FIN DE SIGLO

Juan Manuel García Ramos

Intelectuales para la nueva democracia

P

ervive con notable dignidad en el panorama de las publicaciones culturales de hoy, la 'Revista de Occidente', fundada hace setenta y dos años por don José Ortega y

Gasset. Y llega a mis manos uno de sus últimos números dedicados a 'Lo político y sus fronteras', con ensayos clarividentes del sociólogo francés Edgar Morin, del filósofo e historiador Paul Ricoeur, del ecologista Alain Lipietz...

De entre todo ese material referido al ejercicio de la política, como administración del poder, y de lo político, como estructura de ese mismo poder que es propio del Estado, me ha llamado la atención la reseña que Etienne Bimbenet hace de un libro de Olivier Mongin sobre la responsabilidad de los intelectuales en la sociedad de nuestros días.

Para Bimbenet, se hace necesario el concurso de un nuevo intelectual comprometido con la democracia y su perfeccionamiento y alejado por igual de dos peligros que él vislumbra: el del intelectual metido a investigador erudito, y el del intelectual oficiante de espectáculos y superficiales análisis en los medios audiovisuales.

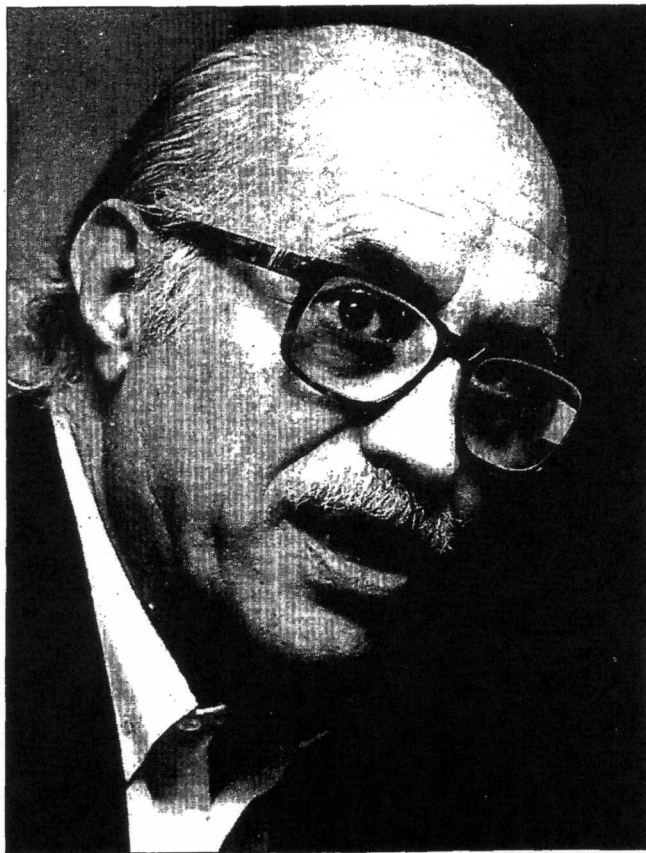
Bimbenet, dentro de una historia que ha perdido hoy su vitalidad y no requiere solamente un combate contra la injusticia, sino también proyectos para el futuro, propone la permanente vigilancia de la sociedad democrática, la lucha contra el escepticismo y la perplejidad y la construcción de un porvenir y de los consiguientes proyectos con él relacionados.

El intelectualismo de Bimbenet, al calor de las ideas de Mongin, es una invitación a creer, en contra de todos los desencantos naturales de un mundo en continua mutación, que una sociedad plenamente democrática puede desarrollarse en torno a valores 'colectivamente instituidos', y que vale la pena todavía lanzar en la sociedad algunos grandes debates en los que queden implicados dichos valores.

Bimbenet abomina por igual tanto de aquellos pensadores replegados con obsesión en la mera investigación científica, como de los que no saben expresar sus opiniones sino en tertulias radiofónicas o en histéricos y hollywoodenses programas televisivos.

No cabe la menor duda de que ambos prototipos deambulan por la España de nuestros días sin mucho disimulo, y sobre todo los de la segunda de aquellas modalidades.

Como no puedo dejar de reconocer, soy espectador de esos 'Hermida's Shows' y



Antonio García Trevijano.

oyente de alguna que otra tertulia de radio. Y como tampoco puedo dejar de reconocer, no todo lo que uno ve y oye es de la misma calaña.

Pero en el contexto de esos escenarios de la opinión pública, de la opinión televisada o de la opinión radiada, lo que más nos llama la atención últimamente es el 'travestismo' intelectual al que asistimos con la paciencia beatífica que los años nos van deparando.

En esa fauna periodística/literaria asentada en el Madrid entre 'medio-muerto-de-hambre' de la marginalidad intelectual

de siempre, y el Madrid europeizado a fuerza de la 'ecuideología' que se nos viene encima, uno se tropieza con los viejos rockeros del socialismo/82 convertidos, por arte de birlibirloque oportunista, en los nuevos santones del ultraliberalismo 'popular'. Los que presumían hasta ayer de su 'vieja' amistad con Alfonso Guerra y con el Salvador Clotas que dirigía la cultura de la modernidad socialista, alardean hoy, sin solución de continuidad, de sus encuentros íntimos con los nuevos halcones de la 'popularidad' aznarista.

La cosa en sí no es inusual: se trata de

los cursos y recursos de la historia de las fidelidades humanas, tan inestables como el tiempo en las Azores. La cosa en sí no reviste mayor relevancia si miramos hacia atrás sin ira y nos documentamos sobre las traiciones políticas desde el apuñalamiento de César en el Capitolio hasta hoy, por poner una fecha.

Lo verdaderamente trágico es que el aparente debate intelectual de la España de nuestros días esté centrado en Partido Socialista sí/Partido Socialista no; o lo que es lo mismo: PSOE/PP. O para ser más gráficos y un poquito eróticos: me arrimo a éstos/me arrimo a los otros.

Los directores de los aludidos programas audiovisuales conocen esos desvarios amorosos de sus invitados y a uno le da la impresión de que montan tales programas en función de premeditadas simpatías y antipatías por este o aquel partido, siempre en una proporción adecuada para que el espectáculo cunda.

Un bochorno nacional, en suma, del que escapan muy escasos nombres y, entre ellos, no me lo callo: Antonio García-Trevijano, con el que uno puede o no estar de acuerdo, pero que por la originalidad de su 'discurso rupturista' de tan asentada como simple dicotomía de 'buenos' y 'malos', siempre invita a pensar en algo más allá de lo que es la oferta programática de socialistas o populares.

La sociedad actual, por desgracia; sus problemas estructurales, no coyunturales, reclama de todos nosotros, y en especial de los llamados intelectuales, una mirada más profunda y seria a los problemas que la embargan. Se llamen desempleo, se llamen drogodependencia, se llamen violencia generalizada, tanto terrorista como doméstica, se llamen desgana vital de nuestros mayores, se llamen desamor o tantos otros etcéteras de la incertidumbre humana.

Hace muchas aguas la sociedad democrática que casi todos defendemos como un mal menor. Demasiadas aguas para ser contenidas por el ideario de un partido estragado, como el PSOE de 1995, o de un partido en alza, como el PP.

El debate debe ser otro, en otra dirección y con otros protagonistas. No sólo se ha extenuado el PSOE en el poder, se han extenuado por igual las gargantas profundas y agradecidas que antes ensalzaban a esa organización política como ahora la denostan sin la menor vergüenza.

Me quedo con el nacionalismo incipiente, con la periferia, y con las ganas de los muchos pueblos de España por encontrar su sitio en un porvenir al que no parecemos tener acceso.